



A MEDIA VOZ LOS DOS

FRANCISCO NIEVA

PACO Nieva vive en el barrio del Niño Jesús, y además en la avenida de Nazareth. Spongo que tendría que haber ido a su casa el día de Navidad. En la puerta dice: «Estudio Nieva». El mundo interior de Francisco Nieva tiene la belleza antigua del modelo único. Reina allí una especie de orden alucinado, en aquella alongada nave interrumpida aquí y allá, y a niveles diversos, por momentos espaciales perfectos. Se da uno cuenta, en seguida, de que Nieva está sumamente dotado para las artes perceptivas. Bajo su amor a la asimetría, sin la cual no hay cultura, palpita el segmento áureo. El estudio tiene algo de museo íntimo, e imagino que su dueño se dedicará en él a la autocontemplación, que es la tarea creadora por excelencia. Podría decir que es una casa flaubertiana, como la de San Julián el Hospitalario. Podría ser también de Emilio Zola, si Emilio Zola hubiera tenido buen gusto.

Paco Nieva ha estrenado lo primero de su teatro furioso, aquí en Madrid, en el Figaro. (Nos demoramos en el bello desnudo de Rosa Valenty, digno de ser descrito en francés por un alemán, digamos por Hans Castorp.)

—Tú la viste en el ensayo general, ¿verdad?

—Sí.

—A cada representación lo hace mejor. El estar, que es lo más difícil. Se inhíbe y se adentra en la realidad de su cuerpo.

—¿Cómo reacciona la gente en el teatro? Me refiero sobre todo a ese feroz sainete titulado «Combate de Opalos y Tasia».

—Algunas personas se levantan y vociferan. El otro día un matrimonio se levantó y el hombre llamó cobardes a los demás espectadores.

—Otro espectáculo.

—Pero en general aceptan. La burguesía media es ahora más culta, especialmente la burguesía profesional, y tiene una visión más racional y más amplia de estas cosas.

(Escena: una joven mendiga se retuerce de deseo reproduciendo fisiológicamente sus fantasías hasta que de entre las piernas se le desprende el bordón o la prima, que mi cultura en la música de cuerda no llega a tanto, transformándose por ma-



Hay dos tipos de sexualidad, la descubierta por las películas semipornográficas, que llamaríamos tipo «Alfredo Landa», y la que es un desahogo de los instintos y nos deja libres para la creación

ravilla en una novicia extática. Otra mendiga tiene la facultad de cantar ópera con la trompa de Falopio.)

—Lo de Opalos y Tasia es una liberación, porque es directo y burlesco. Falta esa untuosidad que lleva consigo la noción del pecado.

—Pero que a una señora se le desprenda el clitoris en escena, aunque sea una señora pobre...

—Mira, podemos distinguir dos tipos de sexualidad. La sexualidad descubierta e instigada por las películas semipornográficas, es una de ellas. Es la sexualidad cinematográfica que llamaríamos «tipo Alfredo Lan-

da». Es el empleadito voraz e incapaz que sueña con sustituir a su jefe, con suplantarle, y hacerse dueño de sus negocios, naturalmente sucios. Juega ahí una sexualidad represiva, una libido, en su sentido particular y también en su sentido amplio, tan agresiva como contaminada. Es un «descensus» a una especie de infierno sin grandeza y sin limpieza. Y luego está la sexualidad que es un desahogo instintual y nos deja libres para la creación.

—Tú escribiste el «Combate de Opalos y Tasia» en 1953, en medio de un panorama amplio de represiones, que en lo que se refiere al sexo alcanzaba el límite de lo supersticioso. ¿Por qué?

—Sabía que no podría estrenar esa obra hasta pasado mucho tiempo, pero sentí la necesidad de escribirla. Vino a ser como una ducha de libertad personal. De todos modos la represión no era un fenómeno nuevo. En realidad la represión es una constante, sobre todo a partir del siglo XIX con la revolución industrial, cuya primera tesis es la de echar encima de los obreros todas las represiones posibles con el fin de que trabajen más. Con el sexo acaso se trabaje menos, pero sin duda alguna aparece la necesidad de crear.

El estudio de Paco Nieva es un sitio para pasear. El estudio es mucho más que un estado de ánimo, es un paisaje, que no es, como en los del noventa y ocho, un estado de ánimo. Es un paisaje del alma. Del alma de Paco Nieva, que es un esteta castizo, una especie de griego de Pericles injertado en Solana. Vale también si digo que es un Goya educado en Oxford. Así es que paseemos por el estudio. De pronto «me encuentro» con un aparato que parece de tortura. Sus hierros tienen esa simplicidad teológica tan a propósito para hacer confesar que uno ha traicionado a Felipe II.

—¿Dios de mi vida! Y esto, ¿qué es?

—Es la prensa en la que se imprimieron los clásicos de Rivadeneyra.

Caigo de rodillas.

—Sigamos con el sexo. ¿Hay un sexo español? ¿Podríamos hacer una sociología del sexo nacional?

—El sexo español es anarquista. Obra de un modo subrepticio e intenso, esas son sus notas específicas. El sexo español tiene carácter furtivo, se presenta como algo contra la sociedad. En cierto modo es absurdo.

—¿Cómo que en cierto modo?

—Antes me referí a la noción de pecado. Cuando esa noción pierde el sentido de pura amenaza mecánica que exige una respuesta mecánica, es una noción benéfica. Hace del sexo una cuestión muy íntima, lo aleja del mercado público y del exhibicionismo. A mí el puritanismo español me da buena espina, siempre me ha dado buena espina. (Es magnífico el instinto del lenguaje que hay en Nieva.) Es algo que hace del sexo un miste-

rio para que así no se lo manipulen a uno. Quiero decir, para que no se lo degraden.

—De ese puritanismo nació, por rebote, don Juan.

—Es que yo no creo que el donjuanismo sea algo completamente antisocial. Tiene una parte positiva. Hay ahí como una consagración del sexo. Otra cosa es que, sociológicamente hablando, el sexo sea en España

La primera tesis encima de los

co



el eterno perdedor. El eterno perdedor de la España eterna, por una u otras razones, algunas de índole particular y otras de índole general. Antes hablábamos de la revolución industrial y de las represiones. Habría que ir más atrás, al siglo XVIII y al nacimiento de las dictaduras burguesas. Toda dictadura administra el sexo.

—¿Y las sociedades comunistas? Porque, efectivamente, en las dictaduras burguesas la gente está educada conforme a las categorías administrativas del sexo, en una cierta dirección. ¿No ocurre lo mismo en las sociedades comunistas, aunque sea en la dirección contraria?

Concretamente mi sospecha es que estamos ante un problema irresuelto.

—Los comunistas no saben qué hacer. Como sabes, hay una tendencia hacia la humanización del marxismo, a fundirlo con el freudismo. En realidad se pretende eliminar las tensiones existentes entre la cultura y las condiciones objetivas del individuo.

—Es el desarrollo dialéctico de lo no simultáneo. Sin embargo, ¿no se advierte en la sociología socialista, cuyo fin, de todos modos, es la libertad, un apego a las virtudes tradicionales en lo que respecta al sexo?

—Hay ahí una doble consideración. De una parte los comunistas se han dado cuenta de que la libertad es más fecunda, más productiva, con el sexo. De otra, que la moral judeo-cristiana no ha podido ser eliminada del comunismo, y además opera a profundidad en su conciencia. El concepto del «pueblo virtuoso» es una herencia aceptada por el comunismo.

—¿Y no es así como regresamos al mundo de las represiones?

—Es un asunto en el que no hay que ser tajante. Date cuenta de que el mero instinto de conservación te impone cierta represión. Yo creo que Freud no advirtió que la autorrepresión es fundamentalmente niveladora, pues ahorra energías sexuales para la creación.

—Pero estábamos en el mundo de la sociología.

—La sociología del sexo arranca de la sexualidad íntima del hombre, de ahí tiene que nacer toda consideración sociológica. Ahora bien, es cierto que cuando las sociedades intentan purificarse a costa del sexo, cometen un grave error. Todos los sistemas políticos ven más o menos un peligro en el sexo. Mucho más aquí, que, como te he dicho, es un sexo anarquista.

Paseamos por el estudio. En uno de sus niveles inferiores me doy de cara con una historiada chimenea, de forma grácil, un auténtico bombón en el mundo de las antigüedades. Verdaderamente soy un turista en la casa de Paco Nieva, uno de aquellos turistas griegos de los que decía Solón que para ellos viajar y malentender era una misma cosa. Porque a mí, de primera impresión, no me parecía una chimenea.

—No será eso una chimenea, claro.

—Sí, es una chimenea. La rescaté cuando desbarataron el Palacio de Medinaceli, en Colón. Ahí estuvo apoyada la Mata-Hari.

—Menos rollos.

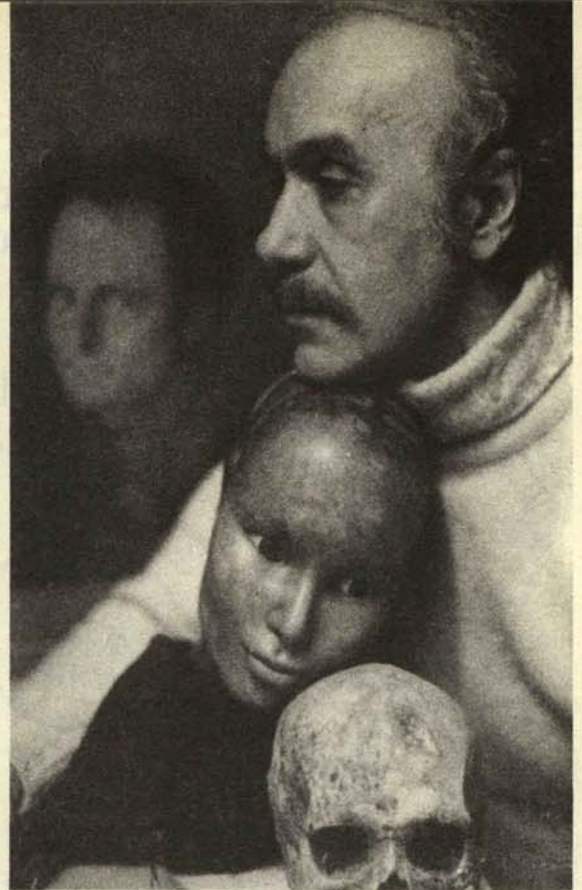
Nieva desaparece y luego aparece con un viejo ejemplar de «ABC». Y me enseña una fotografía de «Kaulak», un legendario fotógrafo de aristócratas. Allí en el periódico está la fotografía de la chimenea con la Mata-Hari apoyada.

Desde luego, cómo pasa el tiempo.

—Háblame de tu teatro.

—Sigo tres caminos. El del teatro furioso, el de farsa y calamidad, y el de crónica y estampa.

—¿Qué piensas hacer ahora,



El sexo español es anarquista. Obra de un modo subrepticio e intenso. Tiene carácter furtivo y se presenta como algo contra la sociedad

luego de «La carroza de plomo candente» y lo de Opalos y Tasia?

—Bueno, ya sabes que tengo mucho escrito. Veremos a ver si puedo estrenar «Coronada y el toro», que es asunto de conciencia y de sátira. Ya se ha empezado a hablar de ello. Luego querría dar una versión de «Cassandra», de don Benito. Yo soy un galdosiano férvido.

—Como todo hombre de bien. Dime algo de ese desastre de los teatros nacionales.

—Que los paga el contribuyente, todos los contribuyentes, y que sólo los disfruta una burguesía minoritaria. Habría que crear una corriente popular hacia esos teatros mediante una política de precios y además mediante una propaganda adecuada y continua. El Ministerio no se ocupa de llevar al teatro las familias, las escuelas, las Universidades. Los teatros nacionales no pueden ser el monopolio de una «élite», sobre todo porque es el pueblo entero el que paga.

—Dime dos palabras acerca de José Luis Alonso.

—Seguro y ecléctico.

—¿Resultó difícil, complicado, el montaje de estas obras que has estrenado?

—Sí, porque los oficios teatrales están en decadencia. Los vie-

jos artesanos han muerto. No hay sombrereros, ni peluqueros, ni zapateros. Por no haber no hay ni escenógrafos. Claro, como ahora se hace un teatro de tresillo, pues ya ves. Según están las cosas sería imposible montar una obra de Calderón tal como él la pide. Entre José Luis Alonso y yo lo tuvimos que hacer casi todo. José Luis inventó los efectos de luces, por ejemplo, y además hizo de electricista. Yo hice bocetos, tenía que salir a comprar ojos de cristal, en fin, una lata.

Aquí, en el estudio de Nieva, se está bien, porque se está como fuera de la historia, o algo así. El rostro de Paco Nieva tiene algo de Mefistófeles, pero no cuando habla o cuando mira.

—Y dime, ¿qué piensas de la situación política que vivimos, o que nos hacen vivir?

—La gente está viviendo la democracia sin que el Gobierno se haya enterado de lo que es la democracia.

—¿Y de los que mandan? ¿Qué piensas de los que mandan?

—Tienen miedo al futuro. No confían en la capacidad de autogestión de los españoles.

—Qué se va a hacer.

—Sí, qué se va a hacer. ■ **CARLOS LUIS ALVAREZ. (Fotos, José Rico)**

le la revolución industrial es la de echar obreros todas las represiones posibles el fin de que trabajen más

